

ces alcanzaremos un resultado interesante, a saber, el único materialismo histórico teóricamente aceptable es un materialismo funcional; cualquier otra interpretación padecerá de lagunas en su explicación y será teóricamente insostenible.

Creo que éste es el argumento que Cohen avanza y que teóricos de la historia tendrán que aceptar o rechazar. Pero Cohen ha hecho otro servicio, a saber, elevar el nivel de discusión. Quiquiera que responda a Cohen tendrá que hacerlo con argumentos. Por este servicio debemos estarle grandemente agradecidos a Cohen.

No quisiera dejar la impresión de que el lector no encontrará otros muchos temas caros para el pensamiento político-social y económico. Me he limitado a exponer esquemáticamente la respuesta de Cohen a una perplejidad principal, pero el libro presenta una rica discusión en esos otros tópicos.

Tenemos por lo menos este motivo para conmemorar a Marx. La conmemoración se agrandaría si pudiésemos contar con una buena traducción del libro de Cohen a nuestro idioma.

ENRIQUE VILLANUEVA

E.D. Klemke (ed.), *The Meaning of Life*. Oxford University Press, 1981; xii + 269 pp.

Esta es una selección útil para plantearse uno de los problemas definitorios de la filosofía. Como en otros casos similares, la primera cuestión es si hay una o varias preguntas envueltas en la cuestión "¿Cuál es el sentido de la vida?".

Intuitivamente podemos reconocer un conjunto de perplejidades, incomodidades, deseos, impulsos y experiencias que rodean la cuestión, la alimentan y perpetúan. Lo que es más difícil es tramitar a la formulación de una pregunta que introduzca un problema filosófico acerca del sentido de la vida.

Resumamos esas características de la cuestión acerca del sentido de la vida: en primer lugar, debe haber una cuestión general, so pena de eliminar todo carácter filosófico. Luego se demanda que la respuesta que se ofrezca no solamente debe satisfacer en forma positiva la perplejidad intelectual sino también —¿conjuntamente?— proveer a los humanos de un motivo para continuar viviendo o, más aún, para mejorar su manera de vivir. Esto es, parece que de la respuesta debe desprenderse un criterio o razón positiva (que afirme algo) que elimine la actitud suicida o la actitud indiferente, etc.

Los positivistas declararon este tipo de cuestiones como cuestiones con un significado emotivo. No siempre tienen solamente significado emotivo, pero en todo caso hay que afirmar, contra los positivistas, que la cuestión del sentido de la vida no es una cuestión cuyo contenido

significativo sea únicamente emotivo, sino que éste contenido significativo se vé alimentado por intensas emociones.

La dualidad emociones-intelecto expresada en las dos demandas antes citadas, crea una tensión en la cuestión acerca del sentido de la vida y bien puede ser que la vuelva filosóficamente intratable. Ciertamente la cuestión es intratable para las posturas racionalistas que se ven obligadas o bien a estipular una solución o bien a rechazar la cuestión.

Un último punto general: el compilador no incluyó alguna colaboración en la que surjan las condiciones de lo que cuenta como vida humana. Esto es, si el mundo fuera todo él —las personas incluidas— físicamente objetivo, no habría vida humana y tampoco surgiría la cuestión del sentido de esa vida. En varios de los ensayos aparecen datos valiosos de una investigación por hacerse, a saber, ¿cuáles son las condiciones que debemos suponer para que exista vida humana y para que podamos atribuir sentido a esa vida?

Klemke introduce la selección con un ensayo en el que distingue tres cuestiones encubiertas bajo el rubro del “sentido de la vida” y a las cuales tratan de dar respuesta —ya a una, ya a otra, o a las tres—, las 18 contribuciones escogidas. Al final del volumen añade una muy útil bibliografía selecta. Este es un libro pionero para una preocupación filosófica que deberá recibir mejor tratamiento en los años futuros.

En la primera parte, se ofrece la respuesta teísta en varias formas con León Tolstoy, David F. Swenson y Reinhold Niebur. La mejor de ellas, con mucho, es la de Tolstoy, que está mal clasificado, pues no ofrece —en *Mi Confesión*— una respuesta en términos de Dios (trascendente) al “sentido”, sino que propone una nueva actitud vital de volver a lo simple y lo sencillo imitando las prácticas de las gentes sencillas. Tolstoy presume que al cambiar de actitud se recuperará el ánimo de vivir que muchos pierden en la complejidad de las civilizaciones modernas.

Los ensayos de Swenson y el de Reinhold sí mencionan a Dios y tienen el tono de exhortaciones a cambiar de actitud y ganar una fe que resolvería la cuestión o por lo menos proveería de satisfacción al que así vive. No hay elucidación de esa fe y, en esa medida, tampoco hay una respuesta filosófica.

En la segunda parte se presentan varias formas de respuesta no-teísta. Allí aparece el mensaje de resignación que ofrece Bertrand Russell en “A Free Man Worship”. También está el mediano credo científico de Julian Huxley en “The Creed of a Scientific Humanist”. Luego Albert Camus, quien nos invita a vivir con romántica ironía en “The Absurdity of Human Existence”. Kurt Baier, en “The Meaning of Life”, manifiesta un rabioso inmanentismo y busca echar a Dios fuera de la vida humana. En el espíritu de la prueba ontológica que de la inexistencia de Dios de Sartre, argumenta ceñidamente que Dios es incompatible con la existencia humana libre y digna. Baier argumenta que la imagen científica del mundo —extraída de Ryle y Smart— no elimina el sentido de la vida

sino que permite afirmarlo en muchos casos; la imagen científica tampoco entra en conflicto con la imagen cristiana, pero hay argumentos independientes para rechazar esta última.

Paul Edwards, en "The Meaning and Value of Life", presenta la cuestión de la respuesta que se le puede ofrecer al pesimista (vital). Edwards piensa que no hay un hecho que ofrecer al pesimista, sino un valor, y que este valor no puede ser impugnado por el pesimista. No es claro si se trata de un valor o mas bien se trata de una interpretación o manera de ver los hechos a la que el pesimista no accede (porque no quiere o porque no puede acceder).

Richard Taylor, en "The Meaning of Life", también argumenta en favor de una decisión inmanentista, sin especificar cuál.

Thomas Nagel, en "The Absurd", examina la cuestión introspectivamente. Nagel nota que la duda fundamental, una vez surgida, no puede aplacarse, y que no es el mundo el que debe adecuarse para satisfacerla o aplicarla, pues se trata de un conflicto intrasubjetivo. Es decir, una vez que surge la duda que motiva la impresión de que la vida es absurda, ya no puede volverse al sentido común para aplacarla. Por otra parte, la actitud objetiva rechaza el absurdo, pero al precio de negar la peculiaridad de la vida. Nagel recomienda aceptar la duda sin dramatizar; positivamente esta aceptación equivale a ver nuestros límites, y éste es el comienzo de comprendernos y de aceptarnos tal como somos. Por supuesto, esta aceptación no impide que podamos aventurarnos por nuevas vías de acción y transformación.

Klemke, en "Living without Appeal: An Affirmative Philosophy of Life", afirma una filosofía positiva de la vida que repare en lo concreto y no se deje arrastrar ni por el trascendentalista ni por el pesimista.

La tercer parte de la antología está dedicada a poner en cuestión la cuestión del sentido de la vida. De acuerdo con el espíritu de nuestra época, se trata de trabajos de metafilosofía.

El trabajo de Kai Nielsen "Linguistic Philosophy and 'The Meaning of Life'" intenta evaluar la utilidad de la filosofía anglosajona tal como se ha venido practicando desde comienzos de siglo. Nielsen puede hacer ver las dificultades de la tesis positivista y ciertas dificultades lógicas que tienen estas cuestiones últimas como la que pregunta por el sentido (todo) de la vida (toda). Nielsen no puede menos que reconocer que la claridad conseguida a través del argumento es crucial para poder avanzar en este tipo de cuestiones.

John Wisdom, en "The Meanings of the Questions of Life", pone en cuestión cierta imagen de análisis y cierto tipo de respuesta que apunta a hechos o a lista de cosas. Wisdom favorece una interpretación de la cuestión que la admite como pregunta legítima aun cuando ahora no podamos darle respuesta ni sepamos cómo buscar esa respuesta.

"Questions about the Meaning of Life", de R. W. Hepburn, es uno de los mejores ensayos de esta colección. Hepburn resume hábilmente la

literatura reciente y nos propone que las cuestiones sobre el sentido de la vida intentan fusionar a la vez el carácter satisfactorio de ciertas actividades emprendidas con su carácter de valor objetivamente. El afán de lograr la fusión se ve impedido en múltiples formas, a saber, la inconciencia, el auto-engaño, la muerte, etc. El filósofo naturalista enfrenta con ello un dilema, a saber, o bien rechaza el vocabulario de "el sentido" o redefine lo que es "el sentido". Hepburn no se siente seguro y piensa que quizás falte una mayor elucidación de los diversos sentidos de la expresión "el sentido de la vida" y de su uso por literatos y filósofos.

Paul Edwards, en "Why?", intenta caracterizar al super-último ¿por qué? Para ello lo aísla de otras preguntas, pero en el proceso de aislarlo advierte que la pregunta pierde su connotación usual sin adquirir una nueva; lo que es más, la pregunta adquiere características de protesta o amenaza con abandonar el lenguaje y quedarse en una experiencia, de pasmo o de angustia, etc. Edwards piensa que esta cuestión super-última introduce preguntas que carecen de sentido.

R.M. Hare, en "Nothing Matters", aplica la terapia lingüística de la disolución de problemas —en realidad se trata de cambiarle el problema al pensador— y muestra con meridiana claridad cómo se puede sacar de la desesperación a un racionalista inconsciente que protesta diciendo: ¡Nada importa! Lo que Hare no hace es mostrar que puede eliminar o disolver el motivo filosófico detrás de esa protesta ingenua. Hare viene a decir esto: "en nuestro lenguaje no cabe la expresión '¡Nada importa!' de manera que hagamos como si no hubiera dicho nada".

W.D. Joske, en "Philosophy and the Meaning of Life", distingue actividades que carecen de valor, de las que son anodinas (*pointless*), de las triviales y de las fútiles, Joske piensa que ciertas teorías filosóficas dan lugar a concebir la vida humana como fútil, pero que esa futilidad —si se estableciera— no garantizaría un pesimismo profundo ni con la necesidad de darle sentido a cada una de nuestras acciones concretas.

ENRIQUE VILLANUEVA